

858

A.

QQ4683

.A3

A 68

---

*Es propiedad*

---



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

---

Imprenta de la Vinda de J. M. Perez, Corredera Baja, 41.

# CAMILA.

---

CUENTO.

NOVELAS.

2

## I.

Una señora anciana de la ciudad de \*\*\*, necesitando criada, rogó por medio de carta á una amiga residente en otra ciudad cercana, que le mandase la suya. Dicha amiga iba á abandonar Italia en breve.

La respuesta no se hizo esperar y fué afirmativa.

«La muchacha—decía la carta—partirá mañana.

«No puedo darle informes respecto á su familia, por la sencilla razon de que ella no ha querido jamás dármelos, y no he conseguido procurármelos por mí misma, pues nunca quiso ni aún decirme de qué país era. A cualquiera otra que me hubiese mantenido tal secreto, le habria dicho:—Guardaos el misterio é id con Dios.—Pero con esta muchacha no tuve valor. Me ha parecido desde el primer momento tan buena, tan honrada y tan agradable, que la he aceptado sin más

preámbulos ni informes. Quizá se avergüenza de sus padres, y rehusa descubrirlos. Sea lo que fuere, creo que en este arcano carece de culpa.

"Se la mando á Vd. pues, sin temor alguno.

"Le recomiendo, sin embargo, que le guarde ciertas consideraciones, porque no puede con determinados trabajos fuertes; es débil y enfermiza, y luego... es hasta bonita."

La muchacha llegó.

Se presentó á la señora tímidamente, sonriendo. Gustó y quedó todo convenido.

Se llamaba Camila. No era realmente bonita, sino muy simpática: un poco pálida y melancólica; y sonreía mejor por cortesía que por ganas de sonreír.

Desde los primeros dias, trató la señora de saber algo de su familia. Se turbaba, dió mil respuestas vagas, como si aquellas preguntas le hicieran daño. Por lo ménos, la señora deseaba saber dónde habia nacido, y ella pronunció el nombre de un pueblo cualquiera, el primero que se le vino á las mientes, de un modo que queria decir:—No, no es ese; pero lo digo por salir del apuro.—Bastó esto para que la señora no insistiese más por enterarse. Algun tiempo despues probó de nuevo, pero con idéntico resultado; al fin decidió no volver á pensar en ello.

Cada dia se mostraba más diligente, más humilde y más dulce. La hija menor de la casa la

queria con vivísimo afecto; la misma señora no hacia más que alabarla, prodigándola palabras que parecian inspiradas por entusiasta simpatía. Su marido solia chancearse diciéndole que era un alma romántica, subyugada por el atractivo del misterio; que el tiempo haria luz y la luz iluminaría, Dios sabe qué cosa. Pero el tiempo no reveló nada, y Camila se fué haciendo cada vez más melancólica.

Solo tenía un defecto, si puede llamarse así una desventura, cual era su extremada sensibilidad nerviosa, que la hacia temblar al oír un ruido imprevisto, al aparecer inesperadamente una persona, al sentir que la llamaban desde otra habitacion, en fin, por cualquier movimiento, sonido ó vision, para lo cual no estuviese preparada. A veces llegaba hasta á ponerse enferma, y ni lecturas de cosas tristes, ni narraciones de siniestros, ni descripciones de espectáculos, en los cuales hubiera remotamente la idea de un peligro, se podian hacer en presencia suya sin que diese pruebas tan evidentes de turbacion y de dolor, que hacia cejar en su empeño al narrador más obstinado. Una ó dos veces al mes, sin otro motivo que estas sacudidas nerviosas, se veía obligada á pasar un par de dias en cama, con dolorosa agitacion primero, cayendo luego en tan grande prostracion, como si hubiera sufrido larga y penosa enfermedad.

Cierta noche estaba toda la familia reunida en el comedor, y Camila sentada en un rincón.

Era ya tarde; unos leían, otros escribían, nadie hablaba: ni aun respirar se oía. Sobre la terraza había algunos tiestos de flores, y solo el rumor de las hojas sacudidas por el viento y los lejanos ecos de una campana, turbaban aquel silencio. De pronto, se oyó en la habitación inmediata fuerte golpe como si hubiese caído de lo alto una cosa pesada, y á la vez un agudísimo grito.

Casi al mismo tiempo otro grito más agudo que el primero, salió de la boca de Camila.

La señora, el marido y los hijos, sin atenderla, corrieron á la otra habitación.

—No es nada,—gritó á los pocos instantes la madre.

Había sido la niña, que buscando en la oscuridad el cordón de la campanilla, para darles una broma, había tropezado con la mano en un gran martillo colgado en la pared, y éste se le había caído sobre los piés.

Volvieron enseguida al comedor y se encontraron con Camila por tierra; la levantan, sangraba su cara; en el momento que lanzó el grito, cayó desvanecida, y al caer, había dado con la frente en una silla: la llevaron á la cama, volvió en sí, pero se le presentó una fiebre tan violenta, que llenó á todos de espanto. Cuando ya pudo

hablar, preguntó qué había sido aquel golpe y aquel grito; se lo dijeron; al principio pareció que no quería creerlo; no estaba completamente en sí, y prorumpía en exclamaciones sin sentido. Luego pareció que había cobrado la razón, y entonces pidió nuevas explicaciones de lo ocurrido; demandó perdón por la inquietud que causara y lloró. Trataron de consolarla.

—¿Por qué lloras? le preguntó la niña. Y ella, llorando más fuerte todavía, respondió:

—¡Yo bien lo sé!

Al día siguiente, enviaron á buscar al médico. Vino el doctor, y antes de entrar en el cuarto de Camila, se hizo referir todos los accidentes que precedieron á la enfermedad. Entró, examinó á la enferma, le hizo algunas preguntas respecto á su estado, y despues le dijo:

—Diga Vd., ¿ha sufrido alguna vez en su vida un gran susto?

La muchacha se contrajo violentamente, y se puso más pálida de lo que estaba.

—Contésteme sin cuidado á esta pregunta, pues se la hago por su bien.

—Ningun susto...—balbuceó Camila, moviendo la cabeza, y haciendo como si buscara algo en su mente.

—¿Lo puede Vd. asegurar?—insistió el médico.

—...Sí.

—Perdone mi insistencia,—repuso el médico.

—Quizá Vd., por razones particulares no querrá decirme la verdad, pero no me cabe duda que usted ha sufrido algun gran susto, que le ha causado mucho daño: dígame; ¿fué acaso una caída? ¿algun peligro que amenazase á Vd. ó á alguno de su familia? ¿algun delito del cual fué Vd. espectadora inesperadamente?

Camila tembló con violencia como sobrecogida por la fiebre; luego cerró los ojos y volvió la cabeza hácia otro lado, dejándola caer con todo su peso sobre la almohada.

La niña lanzó un grito.

—No es nada,—dijo el médico,—déjenme solo, tal vez no quiera confiar su secreto más que á mí.

Salieron de la estancia: al cabo de un cuarto de hora salió él tambien, y toda la familia lo cercó.

—Ni una palabra sola ha salido de su boca,—exclamó el médico;—pero ahora más que nunca estoy convencido de que una gran conmocion, producida por un susto, ha sido la causa de su enfermedad; esto significa poco; es señal de que debajo se esconde algo. La enfermedad es grave, el sistema nervioso ha experimentado funesta sacudida. La jóven, á lo que parece, tenia ya antes una complexion física bastante delicada, y el golpe que ha sufrido quizá no habria perturbado á una persona robusta, pero ha sido demasiado fuerte para ella. Vds. intentarán descubrir algo, si

bien no es necesario, toda vez que la naturaleza de la enfermedad es bastante manifiesta.

A una última pregunta que le dirigieron mientras abria la puerta para salir, respondió en voz baja algunas palabras que dejaron á todos pensativos.

La enferma fué empeorando rápidamente. La acometian á menudō ataques de delirio seguidos de mortales inquietudes y de letargos profundos.

Hablaba delirando y todos recogian sus palabras con ansiedad por ver si daban luz sobre el hecho que se empeñaba en ocultar; pero á nada condujeron sus cuidados; pudieron observar, sin embargo, que á menudo hacía por cubrirse la cara con las manos, sacudiendo la cabeza á la par, como si repentinamente se le ofreciera á la vista alguna cosa que causara horror.

En ocasiones se sentaba en el lecho y miraba aquí y allá en el suelo, con los ojos extraviados, como si hubiera esparcido algo que se moviese. De cuando en cuando, en los momentos de mayor agitacion, hacía una señal para imponer silencio, se ponía una mano detrás de la oreja como para recojer mejor un lejano sonido, y gritaba con acento de terror:—¡Abajo!

Pero la idea más extraña, sobre la cual volvía á cada paso, aun estando tranquila, era que alguno tratase de quitarle la ropa; un par de vestidos y poca ropa blanca que guardaba en su pe-

queño baul, colocado al lado de la cama. Siempre tenía la vista encima, y se hubiera dicho que allí encerraba el gran secreto. Un día dijo que quería quemarlo todo, y la niña le contestó que no se lo permitirían.

—Entonces—murmuró ella—prométeme que lo harás en cuanto yo muera.

Por lo demás, siempre tenía dulzura y resignación, y no concluía nunca de dar gracias á sus amos por los cuidados que la prodigaban y por el cariño que mostraban hácia ella.

—Yo bien sé que he de morir—dijo un día á la señora;—estoy dispuesta; pero me apena morir aquí y acarrearle dolor á Vds., que tanto bien me han hecho... (y luego, mirando alrededor), y entristecer asimismo la casa. ¡Hágame un favor, buena señora!—prorumpió finalmente con voz suplicante—¡haga Vd. que me lleven al hospital!

Una mañana, con gran trabajo y con mucho secreto, escribió una carta. La señorita lo advirtió, y le dijo que se la entregase, que ella misma la mandaría al correo. Camila rehusó, suplicándole que mandase venir á la portera, que no sabía leer. Vino la portera, y Camila le metió la carta en el bolsillo, con la promesa de que la echaría al correo sin dejar ver la dirección á nadie.

Poco á poco iba perdiendo las fuerzas, y ya el médico le daba pocos días de vida. Una noche, sobrecogida por los frecuentes ataques nerviosos,

después de larguísimos espasmos, pero siempre con su mente serena y con plena conciencia de sí hasta el último momento, murió.

Sus últimas palabras, con las cuales parecía querer revelar algo, no fueron comprendidas.

Se convino desde entonces en hacer pesquisas respecto de su familia, para poderle enviar al ménos la ropa de la jóven, más que por su valor, porque sería de recuerdo querido para sus padres. Se escribió, se hizo que preguntasen unos y otros; al fin se pensó en abrir el baul, por si se encontraba alguna carta ó apunte ó dirección cualquiera, por donde colegir el lugar de su nacimiento, ó quiénes fueran sus parientes, si los tenía.

Abrióse el cofre en presencia del médico y de toda la familia. La señora fué sacando una por una todas las prendas y ropa blanca. En el fondo, entre dos ó tres lios, se encontró una carta abierta. La señora la cogió y la leyó; constaba de pocas líneas escritas por Camila; era una carta comenzada, abandonada á la mitad, y sin dirección. Decía:

«Desde aquel día siempre he estado mala; perdía las fuerzas y no podía soportar los trabajos del campo. Por esto me trataban con malos modos en mi casa y me decían que no servía para nada, echándome en cara muchas veces tu acción, haciéndome comprender que dudaban de mí, y el que yo te hubiese aconsejado. Esta sospecha me

hizo perder el valor, y quizá me habrían arrojado de casa por inútil; pero tomé la resolución de ir á servir á la ciudad, esperando encontrar alguna buena familia que tuviera compasión de mi estado y me tomase para los servicios menos fatigosos; y luego, que ya no era posible seguir en aquella casa despues de lo ocurrido; me daba miedo y sufría demasiado.

«Ahora, ya estoy en la ciudad; he hallado una buena familia, pero ni digo nada á nadie, ni jamás lo diré, pensando solamente que alguien pudiera llegar á saberlo; creo que tendrían horror de mí que no tengo culpa, sin embargo; ni aun quiero que en mi casa sepan de mí; yo los perdono, pero me han tratado demasiado mal, al dejarme marchar sola, como estaba, enferma y sin protección...»

—¿Hay más escrito?—observó el médico.

La señora volvió la hoja; en efecto, había algunas líneas más en medio de una página llena de tachones, que escondían totalmente lo escrito.

«Yo luego hice un lio con aquel vestido, y para quitármelo de delante de los ojos, lo metí en el fondo del baul.

«Han pasado tantos meses, y siempre me parece, no obstante, que fué ayer cuando lo guardé; nunca he tenido valor para volverlo á tocar; solo con extender la mano tiembla todo mi cuerpo, y casi me faltan las fuerzas...»

—Veamos, pues, el lio,—dijo la señora dejando la carta.—Lo sacó fuera del baul, rompió el papel en que estaba envuelto, y salió un vestido de mujer.

—¿Qué es esto,—gritó llena de espanto la señora, mirándolo por todas partes.

Se puso el médico sus anteojos, cogió el vestido, lo miró por uno y otro lado, y dejándole caer á tierra, dijo:

—Está manchado de sangre.

Este descubrimiento dió lugar á una infinidad de conjeturas y sospechas; pero en nada aclaró el misterio. Por otra parte, la familia no hizo más investigaciones y poco á poco dejó caer el asunto en el olvido. Cuando una noche, ya tarde—cerca de un año despues de haberse abierto el cofre—se presentó un desconocido que deseaba hablar con la señora.

La señora lo recibió en la antesala, juntamente con su marido y sus hijos. Era un jóven como de veinticinco años, pálido, mezquinamente vestido, con el pelo largo y el aspecto acabado de un pobre; pero con ciertos ojos que no inspiraban confianza.

Le preguntaron qué deseaba.

Él miró alrededor con aire atónito, como si reconociera la casa, y enseñando una hoja de papel que tenía en la mano, preguntó humildemente:

—¿Son Vds. los señores \*\*\*?

Le respondieron afirmativamente.

—¿Sirvió aquí—continuó el desconocido—hace algun tiempo una jóven que se llamaba Camila y que murió?

—Que murió;—respondió la señora mirándole con fijeza.

—Y...—preguntó el jóven con voz conmovida:—¿cómo se cayó?

—¿Que cómo se cayó?—repitieron todos maravillados.

—¿O es que no ha muerto?—añadió el jóven enseñando otra vez la carta;—¿no ha muerto á consecuencia de una caída desde la ventana... y apenas tuvo tiempo de escribirme?

—¿Eh?—repuso la señora;—sí, la pobre muchacha murió de una enfermedad nerviosa, enfermedad que la hizo sufrir mucho tiempo, hasta morir de consuncion, todo ello causado por un gran susto que tuvo no se sabe cuándo ni cómo; quizá una desgracia ¡quién sabe! algun lance terrible, de seguro;—y mirábanle fijamente.

El desconocido se quedó sin palabra por un momento, con la boca abierta y los ojos desencajados.

Luego comenzó á contraer el semblante, á temblar todo su cuerpo, á mirar ora á uno, ora á otro, con indecible expresion angustiosa, hasta que finalmente lanzó un grito doloroso y se lanzó como un rayo por la escalera.

Salen detrás de él, volaba, y no pudieron darle alcance.

Bien puede imaginarse la curiosidad, la emocion y las sospechas juntamente que la inesperada visita de aquel hombre debió producir. Durante varios dias, ni se pensó ni se habló de otra cosa; quien, aconsejaba revelar el hecho á la policía; quien, lanzarse en busca del desconocido por toda la ciudad; quien, reanudar las pesquisas respecto á la familia de Camila.

Cuando una noche en que el médico estaba en la casa y se conversaba sobre el susodicho argumento, oyeron llamar á la puerta, y á los pocos instantes la voz de la muchacha, que decia desde la habitacion inmediata:

—Señores, vengan un momento, que yo tengo miedo.

—Acuden todos; era el desconocido, más pálido y desencajado que la vez primera, con la ropa hecha trizas y cayéndosele á pedazos.

—¿Qué quiere Vd.?—le preguntaron.

Él fijó sus ojos en la señora como si jamás la hubiese visto, y dijo:

—¿Son Vds. los señores \*\*\*?

—Sí, ya se lo hemos dicho,—respondió la señora.

—Hace tiempo—continuó—¿servía en esta casa una jóven que se llamaba Camila y que luego murió?



—Por Dios, ya le hemos dicho que sí;—exclamaron todos maravillados.

—Perdonen Vds.—murmuró el médico haciendo señas á la familia,—y acercándose al desconocido, le cogió por el brazo y le dijo cariñosamente:

—Váyase á sus asuntos, buen hombre, que aquí nada hay para Vd.; váyase, pues.

Así diciendo, lo empujó suavemente hacía fuera y cerró la puerta. Luego se volvió hacía la familia, que esperaba una explicacion, diciéndoles:

—Este jóven está imbécil.

## II.

En la provincia de \*\*\*, en el Piamonte, hay una aldehuela, á la que las gentes de los alrededores llaman el pueblo de los *Hocicudos*, sin duda por burlarse de la seriedad de sus habitantes: Y en verdad que deben ser los más serios de la provincia, si es cierto que la naturaleza del suelo donde se vive, produce siempre algun efecto sobre el carácter y el humor; porque el pueblecillo hállase colocado en una hondonada profunda, con escasa luz, casi siempre cubierto de niebla y rodeado de altas y rocosas montañas. Sin embargo, el calificativo de *duros* iria mejor á las cabezas que á las caras, porque el campesino de aquella tierra reúne en alto grado el carácter del campesino piamontés; bueno, honrado, trabajador, pero duro de cabeza, como el granito, cuando se trata de cosas en que sea preciso cambiar de parecer, ceder ó plegarse. Ocurre, por ejemplo, en el mercado, que para pasar despues de haberle dicho por

tres veces:—¿Me permite?—se ve uno obligado á dar cuatro ó cinco pasos hácia atrás, tomar de flanco la marcha, y despues empujarle hasta hacerle dar contra la pared. Lo mismo cuando se trata de arrancarle una preocupacion, de disuadirle de algun pique, de removerle de una resolucion: el más reposado y vigoroso razonador del mundo, pierde la paciencia y la voz, y hay que concluir diciendo lo que dicen las madres de los niños testarudos, que no hay más sino cortarles la cabeza. Son rígidos y tercios, pero no cortos de alcance. Tardan en entender, cierto, y se están un rato con los ojos asombrados y la boca abierta antes de coger una idea; pero luego la aprisionan en su ruda mente, y la defienden como celosos de su conquista, con tanta tenacidad, dándole vueltas y revueltas, que concluyen por poseerla y comprenderla mejor que una inteligencia rápida que coja las ideas al vuelo.

Esta lentitud de entendimiento que ellos mismos reconocen, unido á cierta astúcia grosera que les hace temer que la gente más diestra les engaña, dá á sus maneras y á su lenguaje un no sé qué de rudo, áspero y desconfiado, que á primera vista se les juzga peor de lo que en realidad son. Por lo demás, han comprendido desde un principio que para no ser suplantados por los listos, una de las primeras cosas era aprender á leer y escribir, poniendo buena cara, desde luego,

á las primeras escuelas que se abrieron en el pueblo, enviando allá á sus hijos, concluyendo por asistir tambien los viejos.

En fin, es un pueblo, que dichosos nosotros, si de un extremo al otro de Italia se le pareciesen todos.

Hace pocos años, en una casa de labradores colocada á la extremidad de la aldea, al lado del camino principal, se hallaba un jóven que por su aspecto rudo y su entrecejo, se podia decir que era la expresion más fiel de la índole de aquella gente. No era un estúpido, ni un hipócrita, ni un vicioso, sino que más bien se rozaba muy poco con los demás jóvenes del lugar, y la mayor parte de los dias se los pasaba en casa, sin que jamás hubiera dado que decir á las gentes. A muchos, sin embargo, desagradaba; tenía pocos amigos, sin más razon que por lo orgulloso y uraño que aparecia en sus modales y palabras. Era uno de esos que cuando hablan con nosotros, se fijan en el traje, en el sombrero, en las botas, recorriendo con la vista el semblante, sin mirar nunca á derechas; sonríen, y reprimen súbitamente la sonrisa; bostezan, y detienen el bostezo á la mitad; mueven una mano, y la dejan en suspenso como si fuera la de un muñeco, y no tienen ni palabra, ni mueca, ni mirada que no sea violenta y pensada; concluyen á la postre por desasosegarle á uno y no hallar el momento de dejarles, y una vez separa-

dos, se sorprende su mirada en el mismo instante en que nos huye. Carlos era uno de éstos, por cuyo motivo desagradaba hasta á las mujeres, aunque su fisonomía no fuese antipática. Era una figura que en el pueblo, en medio de la multitud, á la salida de misa, entre las cien caras de frente deprimida, de rizos crespos ó lácios, de narices torcidas y color de tierra cocida, llamaba enseguida la atención por los rasgos regulares, por sus grandes ojos y por la palidez.

Era enjuto y bajo, pero de apariencia robusta, y aquellas continuas arrugas de la frente, daban á su mirada una expresión fiera que cuando no iba perturbada por la ira era agradable.

Solamente le vivía el padre, que trabajaba en una lejana ciudad; él se hallaba con unos tíos y primos suyos del lugar, entre los cuales había una muchacha llamada Camila, huérfana y acogida por la misma familia que también le acogiera á él. Juntos habían vivido desde niños, y como fácilmente puede imaginarse, apenas llegado á la edad en que se empieza á mirar con distintos ojos al compañero de escuela y á la hija del portero, comenzó á andarle al retortero á ella, ésta á corresponderle y la familia á dejar correr el asunto, pensando que á su tiempo podrían casarse.

Esta muchacha, que tenía diez y seis años, (tres menos que Carlos), era de índole y maneras enteramente diferentes á las de él. Pero el afec-

to había nacido con la intimidad, á escondidas casi, y aun también porque los extremos, una vez que se dice se tocan, es preciso también que se acerquen; y luego, porque en ella, humilde y afectuosa, vivía aquel sentimiento secreto que impulsa á la mujer hacia los hombres de naturaleza áspera y violenta, como por una necesidad de verter en otros la dulzura de su alma, un deseo de luchar y de sufrir, de expiar culpas ajenas, de escudar con la bondad y los dolores propios á quien tenga necesidad contra los castigos del cielo. Carlos la quería á su modo; frecuentemente, sin embargo, la hería con palabras durísimas, ó la asustaba con sus salvajes ímpetus de cólera que generalmente seguían cuando ella con resolución y viveza combatía el mal, y defendía la honradez, echándole en cara alguna de sus testarudeces culpables, valiéndose siempre del lenguaje irrefutable de la convicción y del afecto, haciéndole comprender que no tenía razón; ella imploraba la paz, y cuando la misma sumisión, que era en cierta modo victoria, no volvía á enardecer al adversario, la paz estaba hecha. Y si alguna vez conseguía refrenarlo, amansando sus instintos, volviéndole al buen camino, entonces se ponía orgullosa; cada día que pasaba se unía más íntimamente á él por lo misterioso y cerrado de su carácter; precisamente, porque como siempre sucede, su corazón estaba en continua curiosidad, imagi-

do siempre que la parte escondida á su cariño era la mejor, y que á fuerza de cuidados, de sumision, de sacrificios, lograría ponerla de manifiesto, sobreponiéndola á las demás inclinaciones.

Por la tarde solian estar juntos á la puerta de la casa: Camila, trabajando sentada; él en pié, apoyada la espalda contra la pared. Hablaban poco, especialmente Cárlos. Si tenia suelta la lengua, era mala señal; seguramente procedía de bilis comprimida á que necesitaba dar rienda suelta; entonces es cuando salian de su boca los discursos más disparatados; no volver á trabajar, meterse á contrabandista, emigrar al extranjero. Entonces la muchacha empezaba á combatirle hasta donde le llegaba el aliento y la esperanza, y luego las lágrimas.

—Soy un mal sujeto, muy malo, ¿no es verdad? concluía por decir él medio arrepentido;—y Camila, consolada ya con aquellas palabras, le respondia enjugándose los ojos:

—No lo creo...

### III.

Una tarde, á la hora acostumbrada, vino él á encontrarla con más entrecejo que de ordinario, y cogiéndole la mano, así se estuvo inmóvil, mudo, con la espalda apoyada en la pared y apretándole la mano. Camila le miró á hurtadillas y le dió miedo; jamás le habia visto tan descompuesto; estaba pálido y temblaba.

—¿Qué tienes?—le preguntó.

—Tengo...—respondió con violencia y sin volver la cabeza—nada, una bagatela. Tengo, que hace cinco dias, cuando recibimos la noticia de la muerte de mi hermano mayor no hemos pensado en una cosa.

—¿En qué cosa?

—Ni tú, ni yo, ni mis padres, ni el cura, ni nadie, hemos pensado y parece imposible, y es preciso reconocer que todos hemos perdido la cabeza.

—Pero dí, qué...

—Digo, digo... y no hay remedio, sino que lo tengo que decir: que tengo que ir á ser soldado; ya está dicho...

La muchacha dió un grito y se puso en pié.

—¿Sabes ahora ya lo que tengo?—añadió el jóven,—y luego á poco replicó:—Así es. La ley, si no lo sabes, cuando hay tres hermanos, coje el primero y el último, y cuando el primero muere, deja al último y coje el segundo; yo soy el segundo; por tanto, á mí me toca.

—Pero...—dice la muchacha sin volver todavía por completo del atolondramiento,—¿es verdad eso?

—¿Que si es verdad? El alcalde me lo ha dicho; y luego, que cuando quieras puedes ir á ver mi nombre, añadido ya á la lista. Y aún hay más. Entre mi hermano y yo no habia más que un año de diferencia; en justicia, me habria tocado la quinta el año próximo; pero este año, como sabrás, y si no te lo digo yo, sacan dos quintas de una vez, porque se les debe una; por consiguiente, estamos arreglados. Dentro de un mes, ¡largo!

—Pero, ¿es posible?—exclamó con voz alterada la muchacha.

—¡Vaya si es!—respondió el jóven con amarga sonrisa.—Pero no hay por qué preocuparse, ¿sabes? ¿Qué son cinco años? ¡una bagatela! ¡Mochila, escudilla y rancho, pan negro y adelante! ¡Y viva el Rey!

Y dió un golpe tan fuerte en la pared, que le saltó la sangre de los nudillos.

—¡Pero Carlos!—gritó Camila agarrándolo,—¿qué haces?

—¿Que qué hago?—respondió con sonrisa convulsiva,—¡mira lo que hago! é hizo ademan violento como de darse un puñetazo en la barba. Pero detuvo el brazo de repente, dió una carcajada y exclamó:—¡ah! me se olvidaba que ya no se abren los cartuchos con los dientes; tanto importa conservarlos.

Y se puso á pasear arriba y abajo, tarareando entre dientes.

Camila, pálida, fuera de sí por la sorpresa y el dolor, lo seguía sin decir palabra, mirándole con ojos extraviados.

—¿Qué dices de esto?—preguntó Carlos deteniéndose.

—¿Qué he de decir yo!—prorumpió Camila con voz temblorosa.—¡Te digo que me parece un sueño! ¡Te digo que no puedo creerlo! ¡Te digo que me estalla el corazón! Y echándole los brazos al cuello, sollozaba.

—¡Oh, por Dios, déjame en paz!—le respondió bruscamente separándola y tomando la direccion del pueblo.—¡Buenos estamos para ternuras!

## IV.

A poco trecho de camino, Cárlos se encontró á un amigo suyo del lugar; hombre como de unos treinta años, alto, enjuto, con ojos vidriosos y cierta expresion despreciativa en su boca, el cual para su clase observaba un atildamiento raro de hallar en los jóvenes del campo; cabellos peinados y con pomada, corbatin, y buenos pantalones grandes y muy ceñidos á la garganta del pié. Era uno de tantos malos campesinos, que sirvieron mal en el ejército y que vuelven á su casa peor que antes, con la perversidad indeleble de su naturaleza, acrecida por los vicios que aprendió en la ciudad y la que aprendió en el cuartel; una mezcla de villano, de aventurero y de malandrín, apestando á aguardiente y pomada y despreciando lo que él llamaba la «ignorancia.»

Este tal, habiendo vuelto con la licencia al pueblo, abrió una pequeña tienda de licores.

Al ver á Cárlos, se para, y sin acercársele, le dice con sonrisa compasiva:

—¡Lo sé!—¿Y no hay redencion posible, eh?—añadió luego.

—Tambien tú has servido,—respondió Cárlos

—¡Por esto precisamente, amigo mio, me das compasión!

Cárlos permaneció mudo con los ojos clavados en tierra.

—¿Y Camila?

Cárlos se encogió de hombros.

—¡Qué remedio! Ahora te toca á tí; cada uno á su vez.

Cárlos se mordió los labios y siguió su camino.

La voz habia cundido por el pueblo, todos lo conocian y todos le miraban. Alguno de los más íntimos, viéndole pasar, salia á la puerta de la tienda, le llamaba:—¿Conque nos vamos, eh?—Otros, maliciosamente, decian:—¡Ya se le bajará la soberbia!—Y las muchachas:—¡Ahora es cuando hay que ver á Camila!—El á ninguno miraba, pero sentia que le venian encima todas las miradas; y en aquel momento le oprimia bastante ménos la idea de tener que ir á servir, que la imágen de todas las burlas de la gente á quien era antipático.—¡Si pudiera cojeros uno por uno!—murmuraba apretando el mango del cuchillo.—Fué á hablar con el alcalde, volvió á leer la lista de los quintos, y volvió á casa ya de noche. Al

entrar, encontró á Camila llorando en un rincón, y acordándose entonces del modo brutal como le habia comunicado la noticia, le entró remordimiento, y acercándose, la dijo en voz baja:

—No hay por qué desesperarse; luego, que... todavia no es seguro.

—¿Cómo que no es seguro?—gritó la muchacha maravillada.

—Aun existe la segunda categoría.—La muchacha se quedó pensando:—¿Segunda categoría, números altos, números bajos, cuarenta días!—Todas estas ideas se le amontonaban confusamente en la cabeza.

—Podria tocarme un número alto,—añadió Carlos.

—¿Y entonces no irías!—exclamó Camila.

—Iria solo por cuarenta días.

—¿Pero es verdad?—gritó la muchacha arrebatada por la alegría.

—Sí; ¡pero es preciso tener fortuna!—respondió Carlos.

—¿Así es! Pero yo suplicaré tanto á Dios, que seguramente nos concederá esta gracia;—y corrió á encerrarse en su cuarto.

Carlos fué sobrecogido por un sentimiento de ternura, como no habia experimentado hacia mucho tiempo; pero en él los sentimientos de ternura tomaban una expresion de despecho y de cólera; apretó los puños, y mirando al cielo es-

trellado, murmuró con los dientes apretados:

—En verdad que es una ley infame esta que nos obliga á abandonar la casa, los padres, amigos, todo, por ir á hacer... el galeote.

En este momento se oyó una voz en la calle:

—¡Y no hay redencion!

Era el amigo licorista, que al pasar, habia visto destacarse en lo oscuro la figura de Carlos, sobre el fondo iluminado del cuarto; Carlos sintió un temblor.

—¡Morrál á la espalda!—añadió la voz alejándose.—Y poco despues:

—¡Pan de municion!

Y luego, y ya de lejos:

—Y látigo y media cadena.

Las últimas palabras fueron seguidas de una gran risotada; luego todo quedó silencioso en la calle oscura y desierta.